

Es el primero y el más acreditado! Desconfiase de los imitadores, que no solo intentan imitar el producto, sino copiar nuestro nombre Callicida y hasta la forma de nuestros anuncios para sorprender al público. Ninguno es de tan seguro resultado como él.

CALLICIDA ESCRIVA

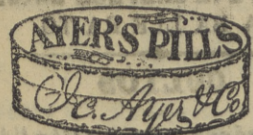
20 años de éxito creciente! en la curación de los Callos y Durezas. Es incoloro, no mancha. De aplicación sencillísima. Calma el dolor. Siguiendo las instrucciones se obtiene una curación radical.

SANATORIO DEL PILAR
Para enfermedades nerviosas y mentales. Establecimiento de primer orden. Filas, 25, Guindalera, Madrid. Pensiones de 2, 3, 4 y 12 ptas. Pídanse reglamentos al Director Dr. SANCHEZ HERRERO, Alcalá, 4, 1.ª Madrid. Consulta de 2 á 5.

PÍLDORAS del Dr. AYER

Son las mejores purgantes
Son puramente vegetales
Son fáciles de tomar y de digerir
SON AZUCARADAS.

Curan los Dolores de Cabeza, Curan la Dispepsia, Curan el Estreñimiento, Curan los Desarreglos del Hígado y Abren el Apetito.



Nadie debe estar sin una cajita de las Píldoras Purgantes del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E. U. A. PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.

SE VENDEN

muy baratos, por ausencia forzosa, varios cuadros modernos y un hotel pequeño en la calle de Castelar (Madrid Moderno). Darán razón en la Administración de este periódico y en la calle de los Tres Peces, 20, 2.ª.

TORTAS DE SANTA CRUZ

Empieza su venta el día 2 del corriente

CAMISAS

y corbatas última novedad.—F. GELY. Alcalá, 45, Sucursal

Ibarra y compañía

SEVILLA

Línea regular de vapores entre BILBAO, SEVILLA, MARSELLA y puertos intermedios DOS SALIDAS SEMANALES de los puertos comprendidos entre Bilbao y Marsella. Servicio semanal entre Pasaia, Bilbao y Sevilla. Tres salidas semanales de todos los demás puertos hasta Sevilla. Servicio quincenal con Bayona y Burdeos. Se admite carga á flete corrido para Rotterdam y puertos del Norte de Francia. Se vende papel viejo para envolver, en la Administración de este periódico.

Doña María de la Concepción

CALDERÓN Y VASCO

MARQUESA DE CASTRO SERNA

FALLECIÓ EN MONDARIZ (PONTEVEDRA)

el día 21 de Septiembre de 1901.

Después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad

R. I. P.

Su esposo, el Excmo. Sr. Marqués de Castro Serna; sus hijas, Doña Carolina, Doña Ramona y Doña Matilde; su hermana, la Excmo. Señora Duquesa de la Unión de Cuba; sus hijos políticos, la Excmo. Sra. Condesa viuda de Adanero y los Sres. Conde del Campo-Giro, Marqués de Oquendo y Vizconde de Roda; sus hermanos políticos, nietos, primos, sobrinos y demás parientes,

RUEGAN á sus amigos se sirvan asistir al funeral que en sufragio de su alma se celebrará mañana jueves 3 del corriente, en su parroquia de Santa María (calle del Sacramento), á las diez y media de la mañana.

Todas las misas que se celebren en dicha parroquia en el citado día, serán aplicadas en su sufragio.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo ha concedido cien días de indulgencia á los fieles que encomienden el alma de dicha señora en la forma acostumbrada.

No se reparten esquelas.

MILAGRO O MARAVILLA

DICEN LOS DOCTORES ES

LA THERMO-SABINA-CAMACHO

Medicamento precioso y único que cura en el acto toda clase de dolor, sea cualquiera su origen é intensidad.

Precio: 4, 6, 10 ptas. cajas de 1, 2, 4 tubos. Pídanse prospectos.

Depósito general, el autor R. Camacho, Badajoz.—Sevilla: farmacia del Dr. Mateos, Alfonso XII, núm. 11, y en la del Globo.—Madrid: Torres Muñoz y G. García.

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO HOGG
Este aceite, extraído de los hígados frescos de bacalao recientemente pescados es natural y absolutamente puro; lo pueden digerir los estómagos más delicados, su acción es segura contra las enfermedades del Pecho, Tisis, Bronquitis, Costipados, Tos crónica, Dolores de los niños, etc. Desconfiar de los aceites de color moreno, á precios baratos, que son el producto de hígados corrompidos y para disimular su mal olor y su mal gusto se presentan bajo la forma de Emulsiones, de Extractos de Vinos, etc. mientras que el Aceite de HOGG es de color amarillo claro, natural, conserva su buen gusto de pescado fresco, y debe tomarse sin mezcla. Escribir el nombre de Hogg y además la certificación de M. LESUPUR, Jefe de los trabajos químicos de la Facultad de Medicina de París, que deberá hallarse sobre la etiqueta de cada frasco triangular. ADVERTENCIA.—Evitase en el rótulo el sello azul del Estado Francés.

LA ACADEMIA POLITÉCNICA
45 años de éxito creciente. No hay otra AGUA SALLES. Este agua es un rival poderoso á las aguas minerales de la zona de San Juan y á la salina de San Esteban. Produce insigne. Resultado comprobado. Calles, Pta. 2ª, 2ª, 2ª, Leganitos, 1.ª, ent.º Izq.º

ANUNCIOS

Reclamos y noticias para los periódicos de Madrid, provincias y extranjero, se reciben en la Sociedad General de Anuncios de España; calle de Alcalá, 6 y 8, entr.º

Se remiten tarifas á quien las pida con combinaciones de varios periódicos reunidos, á precios económicos.

También se reciben Esquelas de defunción y aniversario. Alcalá, 6 y 8, entr.º. Teléfono 517 MADRID

COMPANIA MADRILEÑA DE TELEFONOS

1.ª MAYOR. Tarifa B. SERVICIO PÚBLICO. Las personas no abonadas pueden hacer uso del teléfono para conferencias y expedición de despachos, conforme á la tarifa siguiente: Por un despacho de 20 palabras... Ptas. 0,04. — cada cinco palabras más á fracción... — 0,10. — una conferencia de tres minutos á fracción... — 0,30. — cada copia suplementaria de despachos múltiples... — 0,10. SERVICIO DE ABONADOS (1) Por cada despacho expedido desde su domicilio que no exceda de 30 palabras... Ptas. 0,25. — cada 30 palabras más á fracción... — 0,20. (1) Para tener derecho á este servicio es necesario que el abonado haya hecho depósito previamente en la Central.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los rajes, la diarrea, la ascitis, el apocamiento, las emorragias del pecho y de los intestinos, las erupciones de sangre, los catarrros, la disenteria, etc. De nueva vida á la sangre y calma todos los órganos. — El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de rajes, hemorragias y hematurias en la hemetulia hemorroidal. Depósito central: Rue Saint-Etienne 128, en París.

Antonio examinó la caja por todos lados y la colocó con cuidado sobre la yerba; después cogió la capa, y vió graba á su cifra con estas palabras: *¡A tu salud!* A la vista de la capa, olvidó el almuerzo y todo lo que le rodeaba. Sumergido en sus reflexiones, permanecía inmóvil y silencioso. —No olvidéis el deca, uno, señor plenipotenciario general— dijo observar Carlos. —Sientate á mi lado— dijo Antonio— come y bebe conmigo. Deja todas esas ridículas ceremonias. Poco tendremos; pero lo que adquiramos, lo partiremos como hermanos. Coge la botella, si no tienes vaso. —Nada es mejor que el cuero— dijo sacando de su bolsillo un vaso de cuero. —Os doy gracias por lo que me acabais de decir con tanta sinceridad, aunque no sea más que por lo demás; si el señor plenipotenciario quiere permitirlo, ahora estrecharé su mano, y todo quedará después en su antiguo estado. Mirad los caballos, señor Antonio; ¡Voto á bríos! miradlos, cómo comen cardos. —Se engancharon nuevamente los caballos, y volvieron á correr por la árida campiña. Después de atravesar una llanura inculta, un bosque de miserables pinos y bajas colinas de arenas, que se elevaban como densas nubes en un desierto pantanoso, y sobre un suelo casi desnudo, pasaron un arroyuelo por un puente carcomido. —He aquí la posesión— dijo el cochero volviéndose y señalando con su látigo varias chozas negras y ahumadas, que se presentaban á su vista. Antonio se levantó de su asiento para buscar las masas de árboles que rodean ordinariamente una casa señorial, y no descubrió el menor vestigio. Alrededor del lugar, no veía nada de lo que ador-

naba las más miserables cabañas de su país; ni árboles frutales detrás, de las granjas, ni jardín, ni cerca, ni un titulo en la plaza. No había más que chozas, mieses desnudas y uniformes, unas al lado de otras. —Esto es triste— dijo Antonio suspirando y volviendo á sentarse, y mucho más pobre de lo que nos han dicho en Rosmin; —El lugar parece encantado— exclamó Carlos.—En los campos no se descubren ni vacas, ni carneros, ni yuntas de bueyes. Probablemente se alimentaron aquí las bestias en los establos. El cochero arreó á los caballos; éstos, á un galope irregular, atravesaron el pueblecillo, y se detuvieron delante de la taberna; Carlos se lanzó fuera del carruaje, abrió la puerta y llamó al tabernero. Un judío se levantó lentamente de su silla al lado de la chimenea y salió á la puerta de la casa. —El gendarme de Rosmin, ¿ha llegado?— preguntó Antonio. —Está en el lugar,— respondió el tabernero. —¿Cuál es el camino del castillo? El tabernero, hombre de cierta edad, indicó el camino en alemán y en polaco, y permaneció delante de la puerta embobado (según el parecer de Carlos) á la vista de los dos extranjeros. El carruaje tomó un camino de travesía, guarnecido por los dos lados de granos, troncos de árboles derribados; rodó á través de carriles llenos de agua y por encima de piedras, y se detuvo delante de algunas cabañas. Las granjas y las cuadras están vacías, —exclamó Carlos— porque en los tejados hay aberturas por donde podríamos pasar con nuestro carruaje. Antonio no dijo nada, porque estaba preparado para todo. Por una calle abierta entre las cuadras llegaron los viajeros

al patio de la granja, grande plaza irregular, rodeada por tres lados de construcciones arruinadas; el cuarto estaba abierto y daba á los campos. Allí se veían los restos de una granja hundida, pedruzcos de tejas y vigas podridas. El patio estaba vacío, sin instrumentos de labor, ni ninguna huella de actividad. —¿Dónde está la habitación del administrador?— preguntó Antonio sorprendido. El cochero, después de mirar en torno suyo, se decidió finalmente por una casucha de sólo piso bajo, con un tejado de paja, y en la cual la claridad del día sólo penetraba por pequeños vidrios muy sucios. Al ruido del carruaje, apareció un hombre sobre el umbral de la puerta, y esperó con gran fiama á que los viajeros se apeasen y llegaron hasta donde él se encontraba. Era bajo y tenía la cara hinchada por el uso immoderado del aguardiente; llevaba una chaqueta de tela de pelo largo; detrás de él, un perro, también de pelo largo, asomó su hocico por la puerta, ladrando contra los extranjeros. —¿Sois vos el administrador de estas tierras?— preguntó Antonio. —Si, yo soy,— respondió el hombrecillo rechoncho en mal alemán, sin mudar de lugar. —Y yo soy el mandatario del nuevo propietario— dijo Antonio. —Reso no me concierne— respondió aquel hombre con tono grosero, y volviéndole la espalda, volvió á entrar en su casa y cerró por dentro. Antonio se llenó de indignación. —Rompe la ventana y ayúdame á coger á ese bribón— gritó á su compañero. Este asió con frialdad un pedazo de viga, y golpeó la ventana hasta que las maderas carcomidas cayeron con estrépito en la habitación, y entró de un salto

por la brecha. Antonio le siguió. La casa estaba desierta, había otra ventana abierta que daba al campo. Nuestro hombre se había salvado. Carlos corrió tras el fugitivo. Antonio volvió á salir por donde había entrado, y dió la vuelta á la casa. Oyó ladrar al perro, y vió á Carlos que se arrojaba sobre el administrador y le asía por el cuello. Antonio corrió á ayudar á Carlos y detuvo al desertor, mientras el segundo, de un puntapié, lanzó lejos al perro, que aulló de rabia. Los dos llevaron á la casa al administrador, que gritaba, y se resistió. —Vete á la taberna á buscar el gendarme y al tabernero— gritó Antonio al cochero, que, sin ocuparse de la querrela, había descargado los equipajes de los viajeros. El cochero partió muy despacio, el fugitivo fué arrastrado á la habitación. Carlos cogió una cuerda y le ató las manos á la espalda. —Perdonadme, señor administrador— dijo— esto no es más que por algunas horas hasta que llegue el gendarme de Rosmin, que hemos enviado á llamar. Entré tanto, examinaba Antonio el interior de la casa. A excepción de la cama del administrador y de los muebles más indispensables, no había allí nada, ni libros, ni nota, ni papeles. No quedaba duda de que todo se lo habían llevado. Del bolsillo de la chaqueta del prisionero salió un paquete de papeles. Antonio se los sacó á la fuerza. Era actas y estipulaciones escritas en polaco. Entre tanto volvió el cochero con el tabernero y el gendarme. El tabernero se mantuvo con embarazo en el dintel de la puerta, mientras Antonio explicaba brevemente el negocio al individuo de policía. —Presentad una demanda al tribunal— dijo el gendarme— y dejad que me lleve

al patio de la granja, grande plaza irregular, rodeada por tres lados de construcciones arruinadas; el cuarto estaba abierto y daba á los campos. Allí se veían los restos de una granja hundida, pedruzcos de tejas y vigas podridas. El patio estaba vacío, sin instrumentos de labor, ni ninguna huella de actividad. —¿Dónde está la habitación del administrador?— preguntó Antonio sorprendido. El cochero, después de mirar en torno suyo, se decidió finalmente por una casucha de sólo piso bajo, con un tejado de paja, y en la cual la claridad del día sólo penetraba por pequeños vidrios muy sucios. Al ruido del carruaje, apareció un hombre sobre el umbral de la puerta, y esperó con gran fiama á que los viajeros se apeasen y llegaron hasta donde él se encontraba. Era bajo y tenía la cara hinchada por el uso immoderado del aguardiente; llevaba una chaqueta de tela de pelo largo; detrás de él, un perro, también de pelo largo, asomó su hocico por la puerta, ladrando contra los extranjeros. —¿Sois vos el administrador de estas tierras?— preguntó Antonio. —Si, yo soy,— respondió el hombrecillo rechoncho en mal alemán, sin mudar de lugar. —Y yo soy el mandatario del nuevo propietario— dijo Antonio. —Reso no me concierne— respondió aquel hombre con tono grosero, y volviéndole la espalda, volvió á entrar en su casa y cerró por dentro. Antonio se llenó de indignación. —Rompe la ventana y ayúdame á coger á ese bribón— gritó á su compañero. Este asió con frialdad un pedazo de viga, y golpeó la ventana hasta que las maderas carcomidas cayeron con estrépito en la habitación, y entró de un salto